

—¿Por qué estás siempre tan triste? —
—Porque me acuerdo de lo que me pasó en la noche de San Fernando.

¡FATALIDAD!

La noche había llegado: hacia frío.
¡La noche! que encubre el rubor de los que se aman, precipitándolos dulcemente al uno en brazos del otro; que acalla dolores trayendo en pos de sí el sueño; que aviva remordimientos; que encubre con sus sombras crímenes misteriosos.
La campana del reloj, da con invariable lentitud las horas, produciendo siempre un ruido acompasado, pero no siempre llega el eco á nuestro tímpano de la misma manera.
El reloj de San Fernando dió las siete.
Dos jóvenes que caminaban con rapidez por la calle de San Hipólito, oyeron la hora estremeciéndose.
Cinco minutos despues llamaban á la puerta de la casa de Julio.
La puerta se abrió, y Salvador y Ernesto, pues eran ellos, entraron en la sala.
—Perdónenme ustedes, señores, si me he hecho esperar: la casa está retirada y.....

—¿Por qué estás siempre tan triste? —
—Porque me acuerdo de lo que me pasó en la noche de San Fernando.

—¡FATALIDAD!
La noche había llegado: hacia frío.
¡La noche! que encubre el rubor de los que se aman, precipitándolos dulcemente al uno en brazos del otro; que acalla dolores trayendo en pos de sí el sueño; que aviva remordimientos; que encubre con sus sombras crímenes misteriosos.
La campana del reloj, da con invariable lentitud las horas, produciendo siempre un ruido acompasado, pero no siempre llega el eco á nuestro tímpano de la misma manera.
El reloj de San Fernando dió las siete.
Dos jóvenes que caminaban con rapidez por la calle de San Hipólito, oyeron la hora estremeciéndose.
Cinco minutos despues llamaban á la puerta de la casa de Julio.
La puerta se abrió, y Salvador y Ernesto, pues eran ellos, entraron en la sala.
—Perdónenme ustedes, señores, si me he hecho esperar: la casa está retirada y.....

CAPITULO AL FONDO DE LA...
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE...
MADRID

—Llega usted á tiempo, le interrumpió Nacho. Siéntense ustedes.

Salvador y Ernesto se sentaron: el primero estaba pálido y resuelto; el segundo, visiblemente agitado, limpiaba en silencio el frío sudor que bañaba su frente.

Julio se paseaba por el aposento: Perico se disponía á escribir el acta; Nacho estaba intranquilo.

—¿En qué términos se redacta este documento? preguntó Perico.

—Como guste el señor, contestó Julio, señalando al jóven Pastrana.

—Me es indiferente, repuso este.

—De la manera mas sencilla, agregó Nacho.

—Redáctala tú.

—No, tú.

—No.

—Cualquiera, pero pronto, dijo Julio: estoy impaciente.

Nacho comenzó á dictarle á Perico, que escribía con violencia, lo siguiente:

En la Ciudad de México, á los tantos días del mes de Diciembre del año 18..... los que suscribimos, etc., (Aquí los nombres de los adversarios y padrinos), habiendo convenido en darnos mútua satisfaccion por medio de las armas de los ultrajes hechos y recibidos, y como hombres de honor, estamos conformes en combatir á muerte, á quince pasos de distancia, á pistola, etc., etc.

Concluida la acta, sacóse una copia de ella, y se firmó por todos, quedando en poder de cada padrino un documento de esta clase.

—¿Las armas de usted? dijo Nacho á Salvador.

—No tengo ningunas armas.

—¿Acepta usted el servirse de las de su adversario?

—Sí, señor.

—Gracias por la honra que usted me dispensa, dijo Julio.

—No hay por qué darlas.

—Pues vámonos, dijo Perico mirando su reloj; son las siete y media.

Los jóvenes, despues de mil cortesías, salieron de la casa.

Iban por delante Salvador, Nacho su padrino y Ernesto. A cierta distancia venian Perico y Julio.

—Soy de opinion, señor Pastrana, decia Nacho á su ahijado, que ustedes se hagan fuego apuntándose, porque si es al descubrir, se pierden muchos tiros.

—Arréglole usted como mejor lo juzgue conveniente, caballero, á mí me es igual.

Estas palabras fueron dichas con tal acento de tranquilidad, que Nacho admiró el valor del jóven Pastrana.

—Yo solo temo, agregó Salvador despues de un momento de silencio, que las detonaciones llamen la atencion del vecindario.

—No hay cuidado, la calle es sola, el guarda nocturno está comprado por mí y siempre tendremos lugar de huir los padrinos, y aquel de ustedes que quede con vida: ademas, estas pistolas producen una detonacion suave.

En aquel momento Perico decia á Julio:

—Buena puntería, Julio, vale que estás seguro de que tu adversario no te ha de matar.

—Pierde cuidado, tengo mucha calma en estos lances; si quise que las seguridades estuviesen de mi parte, es porque quiero vengar la bofetada que me dió ese insolente, y nunca por miedo: ademas, soy buen jugador, y le ayudo al azar.

—Bien hecho, ya comprendo tu objeto, castigar á ese jó-

ven y darle una lección á Emilia que creyó amedrentarte con echarte ese gallo.

—Justo.

—Señores, hemos llegado, dijo Nacho.

Adversarios y padrinos se reunieron, mientras Nacho abría una gran puerta cochera.

La calle estaba sola: la luz de la linternilla del guarda, como un punto brillante, era lo único que se apercibía en medio de aquella oscuridad.

—Pasen ustedes, dijo Nacho.

Todos entraron, quedándose Nacho al último para cerrar la puerta, pero el joven se había preocupado á tal grado al acercarse el momento de ir á cometer un crimen, que quitó la llave de la cerradura sin cuidarse de cerrar por dentro. Nadie lo notó tampoco.

Encendió Perico un cerillo, y con él una linterna sorda que llevaba.

A la escasa luz que producía la linterna, los jóvenes pudieron ver el lugar á donde los había conducido Nacho.

Era un espacio cuadrangular, húmedo y oscuro: el techo era de teja.

Había cinco carruajes descompuestos, cubiertos de polvo y telarañas. La luz de la linterna le daba á aquel sitio un aspecto triste.

En el fondo de aquella carrocería abandonada, había una fragua destruida que conservaba aún *cisco* y ceniza.

Nacho y Perico reconocían el terreno.

—Es indispensable que retiremos uno ó dos coches para tener espacio.

—Al avío.

—Empújalo de las ruedas.

—Fuerte..... ya; no me lo echés encima.

—Vamos á esa fragua para cargar las pistolas.

Perico y Nacho se dirigieron á la fragua arruinada, y al ir á poner la linterna sobre ella, salió un gato asustándose, brincó sobre la linterna y la apagó.

Nacho sintió un terror inexplicable, y tuvo un presentimiento.

Perico volvió á encender la linterna, la colocó sobre la fragua y abrió la caja que contenía las pistolas.

Entre él y Nacho cargaron las armas, dejándolas sobre la caja. En seguida midieron quince pasos, colocaron á Salvador y á Julio en sus puestos y dándose la espalda: fueron por las pistolas, y armaron á sus ahijados.

Ernesto se había recargado en la pared, y rezaba en silencio, mirando aquel cuadro con profunda ansiedad.

—Las voces de mando serán cuatro y dadas por medio de palmadas, dijo Perico; á la una, se dan ustedes el frente, á las dos, preparan sus armas, á las tres se apuntan, á las cuatro se hacen fuego.

Retiráronse Nacho y Perico á la fragua después de haber colocado la linterna entre el espacio que separaba á ambos combatientes, procurando que la luz quedase en el centro.

Hubo un momento de silencio que interrumpió el canto de un grillo.

Perico dió una palmada.

Salvador y Julio, con una precisión militar, giraron sobre sus talones, quedando frente á frente.

Oyóse la segunda palmada, y los jóvenes amartillaron.

Al ruido que produjeron los gatillos al montarse, Ernesto cayó de rodillas y elevó al cielo los ojos, murmurando esta sola palabra con honda afición:

—¡Señor!.....

Al mismo tiempo que Perico daba la primera palmada, un embozado, seguido de otro hombre, llegaba á la puerta de la carrocería.

—Aquí debe ser, si las señas que nos dió Gerónimo son exactas.

—Llamemos, dijo el otro.

—Espía primero.

Al recargarse uno de los dos hombres contra la puerta para espíar, esta se abrió.

—Está abierto.

En ese momento se oyó el ruido de las pistolas que se montaban.

—Déjame entrar, Nicolás, porque he oído un ruido extraño.

Gerardo, pues él era, como habrán comprendido nuestros lectores, entró precipitadamente en el momento en que Perico daba la tercer palmada.

Los jóvenes oyeron un ruido en el momento de apuntarse.

Perico dió la última palmada.

Gerardo se habia precipitado entre los combatientes exclamando con voz sofocada:

—¡Alto!..... ¡alto!.....

Sonaron dos tiros en ese instante: Gerardo cayó al suelo; Salvador retrocedió un paso, Julio se llevó la mano á la frente diciendo:

—¡Fatalidad!

—Dios es justo, murmuró Gerardo, hoy hace años que maté á Arturo, mis hijos me matan.

—¡Sus hijos! exclamó Perico.

—¡Mi hermano! ¡mi padre! dijo Salvador con asombro.

—Sí, Salvador, eres mi hijo: ven.....

—¡Es mi hermano! murmuró Julio.

Todos rodearon á Gerardo: estaba atravesado á la mitad del cuerpo y la sangre brotaba en abundancia de la herida.

Nicolás alumbraba aquella escena. El estupor, la congoja, la admiracion, estaban pintadas en todos los semblantes.

Nadie se esperaba aquel desenlace. Dios acabó aquello segun le plugo.

—Julio, exclamó Gerardo, Salvador es tu hermano; ya que Dios quiso que yo fuera el que debia de morir, abrácese en mi presencia.

Julio y Salvador se abrazaron: el primero estaba aterrado, el segundo muy conmovido.

—Vámonos de aquí, exclamó Nicolás, es indispensable que un médico reconozca al punto al herido.

—Yo voy por él, dijo Perico; y salió precipitadamente de aquel sitio.

Nacho fué por un coche. Entre tanto, Salvador y Julio se habian arrodillado, y tenian á su padre entre sus brazos. Ernesto veia aquella escena profundamente conmovido. Gerardo le decia á Salvador con débil voz:

—Perdóname, Salvador, por haberte abandonado: mis culpas son muy grandes, pero la hora de la expiacion sonó ya. ¡Bendito seas, Dios mio, por haber permitido lo que está sucediendo: ya siento en el corazon el arrepentimiento mas sincero..... lloro, sí, lloro de dolor y espero de tu misericordia divina el perdon.....

Gerardo se desmayó al acabar de decir la última palabra: se habia desangrado mucho.

Nacho llegó con el coche, cargaron al herido hasta él, subiendo despues Salvador, Julio y Nicolás.

Ernesto se fué á avisarle á Sofía que Salyador estaba ocupado en un negocio urgente: Nacho se dirigió á la casa de San Fernando á avisarle á Susana lo ocurrido.

una suma considerable para la pobre y un lote para
Susana fuea puesta en un colegio de señoras en el
colombes.

Nicolás por orden de Gerardo le escribió el pedimento
recomendándole el distrito que había sacado de la vida del
señor Urrutia.

.....

Habian transcurrido doce dias desde que Gerardo el
herido de muerte por el **DIOS!** los hallamos por la
vez en la habitación del señor Urrutia; en aquella época
en donde el favor había cometido tantos crímenes en
época.

Para de noche el día había estado nublado y había
agua y el viento la noche en que había y el viento
Ese Sér infinitamente bueno y sábio, sabe sacar un gran
partido de las culpas por medio del dolor aceptado con toda
espontaneidad y resignacion.

Gerardo, desde el momento en que fué herido por la mano
de Julio la noche que era aniversario de la muerte de Arturo,
creyó ver, y con justicia, el dedo de Dios puesto sobre su
frente: desde aquel momento, el señor Urrutia solo pensó en
arrepentirse sinceramente y morir como cristiano, reparando
hasta donde le fuera posible los males que había ocasionado.

Los médicos que lo reconocieron, opinaron unánimemente
que el señor Urrutia debía arreglar sus asuntos, pues su gra-
vedad era notoria.

Despues de cumplir con los deberes que impone la religion
y que proporcionan tan gran consuelo al alma, como lo han
confesado mil escritores excépticos, Gerardo hizo testamento:
sus bienes los dejaba á Julio y á Salvador, mejorando á este
último en todo aquello que la ley se lo permitia. Dejaba

una suma considerable para los pobres, y un dote para que Susana fuese puesta en un colegio de señoritas en clase educanda.

Nicolás, por orden de Gerardo, le escribió al padre de esta acompañándole el diario que había escrito de la vida del señor Urrutia.

Habían transcurrido doce días desde que Gerardo fue herido de muerte por su hijo. Nos hallamos por la última vez en la recámara del señor Urrutia; en aquella recámara en donde el joven había cometido tantos crímenes en época.

Era de noche: el día había estado nebuloso y metido agua, y al llegar la noche, un aire húmedo y glacial sopaba en la calle.

Esa misma tarde, un carruaje de que hablamos ya al principio de esta obra, caminaba para México.

Pero ¡ah! lectores, qué diferencia tan notable había la noche á que nos referimos comparada con otras en que Gerardo se entregó á toda clase de desórdenes en aquel mismo lugar.

La alcoba estaba alumbrada por una lámpara con velado. Gerardo, reclinado sobre unos almohadones, se hallaba en el lecho.

El cuerpo lo tenía vendado.

Julio y Salvador se encontraban sentados á la cabecera prodigándole consuelos á su padre que muy pronto iba á morir.

Eran las siete: Nicolás entraba á cada momento para ver qué se ofrecía.

El señor Urrutia tenía los ojos cerrados pero no estaba

dormido. Salvador, cuyos sentimientos delicados nos son conocidos, contemplaba á su padre con profundo pesar: Julio estaba mas bien perplejo y contrariado, que afligido; Julio pensaba que el patrimonio que juzgó siempre únicamente suyo, iba á dividirse.

—¿Qué hora es? preguntó el herido.

—Las siete, contestó Salvador.

—¿Está aquí Nicolás?

—No, señor.

—Julio, llama á Nicolás.

Julio agitó el cordón de la campanilla, presentándose un mozo á los pocos instantes.

—Llama á Nicolás.

El criado volvió á salir, y diez minutos después se presentaba Nicolás en la estancia.

—¿Me llamabas, Gerardo?

—Sí, ¿crees que llegue hoy mi padre?

—Estoy seguro: aunque sea de noche, entrará á la capilla.

—Deseo verlo y morir luego: solo su perdón aguardo, y Dios, que se ha servido ser tan bondadoso conmigo, me concederá esta última gracia.

—Así lo espero.

—No olvides mis encargos, Nicolás.

—Descuida, ya sabes lo mucho que te he querido, Gerardo.

—A tí, Julio, te recomiendo que no sigas mis huellas: ya ves á dónde conducen los crímenes; prométeme que te enmendarás y que serás un hombre honrado como Salvador, tu hermano: cástate con esa joven Emilia apenas pasen los nueve días. Quiero bajar al sepulcro seguro de que mi san-

gre te sirve de regeneracion, así como Dios por su misericordia me ha regenerado á la orilla de la tumba y me ha concedido morir cual no lo merecia.

A tí, Salvador, nada tengo que encargarte: no has vivido á mi lado, y por lo tanto no participaste del contagio. Mi abandono te fué provechoso, Dios se encargó de ser tu padre, no perdiste, á fé, en el trueque; en la escuela de la adversidad y en la gran fragua de los dolores, se formó tu corazon; sé feliz, hijo mio, recoge los ópimos frutos de tu buena conducta: sé venturoso al lado de tu Sofía.... Quiera el cielo darte una felicidad continuada: educa á tus hijos bajo sólidos principios, enséñalos á amar la virtud y á odiar el vicio, y sobre todo, inspírales un provechoso horror por el ¡JUEGO!..... Tambien enséñales á respetar la virginidad de la muger: son mis grandes faltas que me orillaron á cometer otras muchas: ¡LA AVARICIA Y LA INCONTINENCIA!

Gerardo hablaba inspirado por Dios y á la orilla del sepulcro; Salvador derramaba en silencio abundantes lágrimas: Julio estaba confundido, tenia miedo, y allá en su interior intió remordimientos y ofreció casarse con Emilia y cambiar de vida.

En aquel instante, las campanas de todas las iglesias daban el *toque de ánimas*. Gerardo se estremeció y dijo:

—Mañana acaso rezarán por mí..... Nunca maldigan ninguno de los dos mi memoria..... Salvador, repíteme hasta que muera que me perdonas: Julio, perdóname tambien tú.

Nicolás se salió precipitadamente de la recámara para ocultar su emocion que era profunda.

Media hora despues, se oyó el ruido de un coche que entraba al patio de la casa.

A los pocos instantes se presentaron en la estancia, pre-

cedidos de Nicolas, un anciano encorvado por los años, y una muger de edad madura. El anciano miró á los dos jóvenes que se habian puesto en pié, y se dirigió al lecho sollozando.

—¡Gerardo! exclamó.

—¡Padre, padre mio, perdon!

El anciano don Pedro y Gerardo estaban estrechamente abrazados y llorando. Los circunstantes sollozaban tambien.

—Vamos, háblale á Camila, tu tia; aquí está.

—Tia.....

—Gerardo, en qué estado te vuelvo á ver!

—Tia, era justo este fin, y Dios aun se muestra conmigo bondadoso, puesto que me concede morir rodeado de mi familia.

Gerardo dió á conocer á Salvador y á Julio con su abuelo, todos hablaban esperando un milagro de la Providencia, cuando el herido, excitado por tantas emociones, empezó á delirar por la fuerza de la calentura.

—Julia, decia Gerardo delirando, Julia..... yo te amo: Rosario, Rosario, está muerto..... allí en la azotehuela..... Me llama, ya nos vamos á reunir..... ¡Qué pálido está Arturo!

Reinó un momento de silencio, y Gerardo continuó:

—Sálvame, Nicolás. Sálvame, me persiguen..... ¡El cólera! ¡La Profesa, ejercicios! á la sota, voy á la sota veinte onzas: marque usted bien las cartas para que ganemos..... ¡ahl!.....

Gerardo dió un grito; Don Pedro, Camila, Salvador, Julio y Nicolás se acercaron al lecho, alumbrándole la cara al moribundo.

Un sudor helado bañaba su frente: la muerte estaba pintada en su semblante.

—Recemos, hijos míos, dijo el anciano poniendo en manos de Gerardo un Crucifijo que estaba pendiente de un clavo arriba de la cabecera.

Todos cayeron de rodillas, comenzando á rezar entre sollozos.

Gerardo seguía delirando:

—¡Constanza! allí está, allí está en un nicho, me llama; no quiero ir, no, no.....

Hubo otra pausa.

—¡Se la llevan, se la llevan!..... es mi querida, aunque sea monja, sí, sí.

Pasados algunos momentos, Gerardo siguió diciendo:

—¡Qué chasco, ya parece que lo veo! ¿con que así hubiste á Susana? ¡jál jál jál!..... Ya es querida de Julio, eso es, eso es, el padre y el hijo con la madre y la hija.....

—¡Ay, ay! me has herido, Julio, al ir á asesinar á tu hermano Salvador; es tu hermano, es el hijo de la muerta que está allí en el nicho..... Don Nemesio..... ¡pobre padre! Mi padre, mi tía, Salvador, Julio, Nicolás.....

El moribundo dió un gran suspiro y dijo:

—¡¡Dios!!

Después de pronunciar esta última palabra, Gerardo espiró.

Los circunstantes prorumpieron en gritos lastimeros.

¡Gerardo estaba ante la presencia de Dios!

EPILOGO.

Ocho años después de la muerte de Gerardo, Salvador se recibió de médico: él y Sofía, tienen un niño y una niña que forman el complemento de su felicidad.

Emilia se ha casado con un hábil artista que supo estimar las prendas morales de la jóven. Doña Angustias, vive con su hijo que está para concluir sus estudios de abogado.

Don Anastasio de Hinojosa había muerto.

Rosario tiene una casa de tolerancia, en donde está Susana su hija.....

Julia murió en el convento un año después de la muerte del señor Urrutia, en un estado de idiotismo completo: al parecer, murió sin muchos sufrimientos.

Don Pedro, Camila su hermana y Nicolás, se fueron para Orizava, á donde acabaron tranquilamente los pocos días que les quedaban de vida.

Julio vive también, lectores: es un jóven elegante, rico, á quien le hablan todos los días muchas *pollitas* y le aprecian